

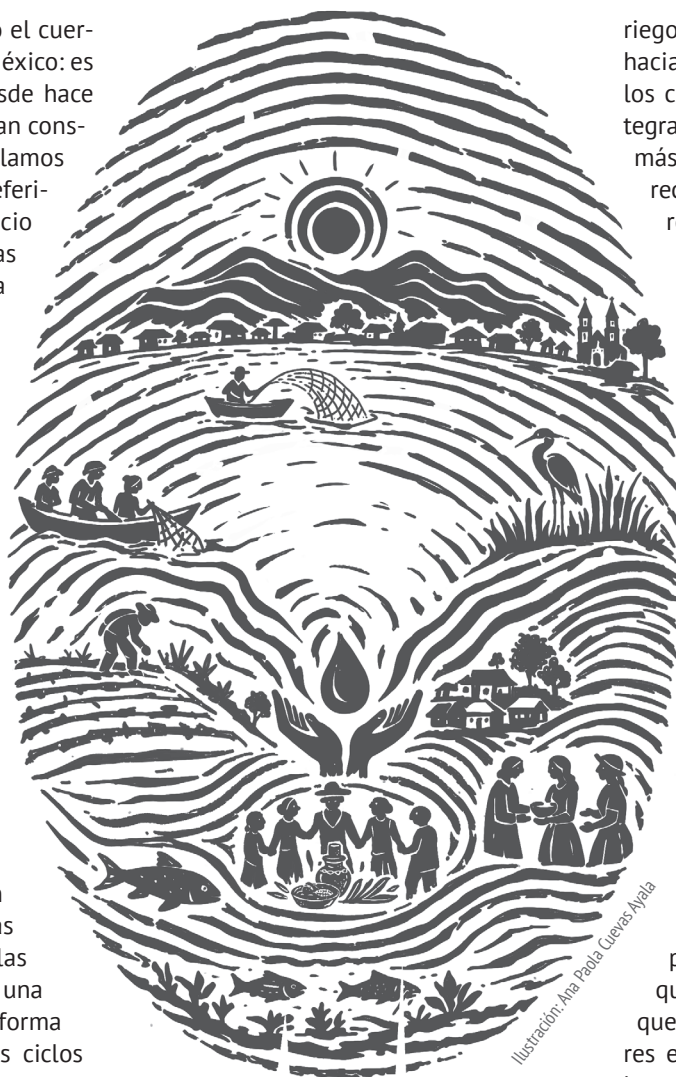
MARÍA DEL CARMEN LÓPEZ NÚÑEZ / investigadora académica de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Chapala: un territorio vivo que cuenta su historia

El lago de Chapala no es solo el cuerpo de agua más grande de México: es un territorio vivo donde, desde hace siglos, naturaleza y sociedad se han construido mutuamente. Cuando hablamos de territorio biocultural nos referimos justamente a eso, a un espacio donde el ambiente y las prácticas humanas se entrelazan para la adaptación de la flora y la fauna a las necesidades del ser humano, beneficiándose mutuamente. Chapala es ejemplar en ese sentido. Su historia es la de un lago que ha sido camino, hogar, frontera, alimento, memoria y, hoy más que nunca, un espejo de los desafíos ambientales que enfrentamos.

Es fácil imaginar que cuando el viento sur del lago levanta pequeñas olas, Chapala murmura historias antiguas; nos recuerda que mucho antes de la llegada de los europeos era un lugar de movilidad y encuentro. Los pueblos cocas, nahuas y purépechas recorrían sus orillas y navegaban sus aguas siguiendo los ritmos del clima y las estaciones. La pesca no era solo una actividad económica, sino una forma de leer el lago, de entender sus ciclos y de mantener vivas las redes de intercambio. Ese modo de habitarlo creó lo que hoy llamaríamos un paisaje anfibio: un entorno donde la vida se mueve entre el agua y la tierra, adaptándose a ambos.

Con la llegada de nuevos grupos humanos durante el siglo XVI, esta relación cambió poco a poco. Como documenta Heriberto Moreno García, la antigua Ciénega de Chapala se transformó en un laboratorio de reorganización territorial. Las estancias ganaderas dieron paso a haciendas que dependían del control del agua para sostener su poder. En la parte michoacana, el latifundio de Guaracha, consolidado desde 1548, reconfiguró paisajes y relaciones sociales. El agua dejó de ser un bien común y se convirtió en un recurso administrado, disputado y jerarquizado. A pesar de la presión de hacendados, colonos y empresarios, las comunidades ribereñas mantuvieron prácticas



de pesca, movilidad lacustre y manejo comunitario del agua.

Estas actividades expresan el conocimiento del ecosistema y sobrevivieron incluso a los proyectos de modernización y desecación del siglo XIX. La combinación de recuerdos sobre técnicas, rutas y saberes transmitidos por generaciones constituye un patrimonio cultural que ha persistido en la memoria aun cuando el lago ha perdido superficie y algunas comunidades han sido desplazadas.

A lo largo del tiempo, Chapala también ha sido un territorio de innovación. En épocas prehispánicas los habitantes construyeron senderos elevados, canales y sistemas de cultivo que permitían vivir en un entorno anfibio. Más tarde, con la llegada de tecnologías europeas, se incorporaron ruedas hidráulicas, canales de

riego y nuevas formas de distribuir el agua hacia haciendas y campos. En el siglo XX los caminos carreteros y el ferrocarril integraron la región a circuitos comerciales más amplios, acelerando la extracción de recursos y transformando la vida ribereña. Cada infraestructura dejó una huella técnica y social sobre el lago, obligando a las comunidades a reinventar su relación con él.

Si uno se sienta a la orilla de la laguna y escucha, logra percibir el murmullo de Chapala que llama a enfrentar la sobreexplotación hídrica, la contaminación, la presión urbana y los efectos del cambio climático. Además, la larga historia del lago nos recuerda que las comunidades ribereñas han sabido adaptarse, resistir y crear nuevas formas de cuidado; nos recuerda que aún es posible revertir los daños. Las festividades lacustres, los relatos de pescadores y las prácticas cotidianas hablan sobre el lago como un tejido de relaciones, no un depósito de agua. Debemos actuar en consecuencia para la preservación de este cuerpo de agua que alberga diversidad de vida, pero que también nos regala bellos atardeceres envueltos por el vuelo y el canto de los pájaros.

Chapala es un espejo en el que se reflejan nuestras formas de relacionarnos con el agua, con el territorio y con el tiempo. Su historia nos dice cómo los ecosistemas pueden transformarse, pero también recuperarse si existe corresponsabilidad. Es, en última instancia, un archivo biocultural. En sus orillas se leen siglos de interacción entre naturaleza y sociedad. Recuperar esta historia no es un ejercicio nostálgico, es una herramienta para enfrentar los desafíos actuales. Necesitamos escuchar las voces que lo han habitado, reconocer los saberes que lo han sostenido y construir, desde ahí, futuros en los que el agua vuelva a ser un puente entre quienes comparten sus orillas. Si volvemos a escuchar con atención, descubriremos que el lago sigue hablando. No con palabras, sino con la memoria y la esperanza de quienes aún lo miran como un territorio vivo. •